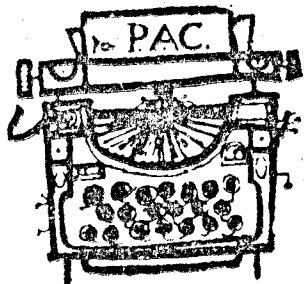


# escrito a máquina

Dos fechas,  
dos  
multitudes



- I -

El Domingo 28 de Abril de 1968, hace dos años, escribí el siguiente "ESCRITO A MÁQUINA".

"No sé si la expectación y el suspenso permitieron a muchos reflexionar. Tuve que atravesar la ciudad cuando el Doctor y Capitán Fernando Cedeño rendía su declaración. Mientras la radio del automóvil me transmitía el testimonio sereno y decisivo del médico militar, por las calles veía gentes con transistores, grupos apretados alrededor de una radio encendida o de un carro estacionado con el aparato a todo volumen. La ciudad entera estaba pendiente de las palabras de un hombre y cuando la palabra de ese hombre hizo resplandecer la verdad, el aplauso que sonó en la Sala de Justicia no fue más que el eco de una especie de inmenso suspiro —de dimensiones nacionales— que se escapó del corazón de todo el pueblo nicaragüense. En todos los rostros se veía un gesto, un brillo igual, repetido, una emoción extraña, entre dramática y jubilosa del que recupera algo perdido y valioso. Me impresionó ese rostro de la multitud. ¿Qué significaba esa expresión, primero de suspenso, de inquietud y luego de conmovida satisfacción? ¿Era el deseo, la sed de justicia y luego el trago, el primer trago —¡al fin!— de su agua compensadora, el agua de la Verdad? Pero, ¿por qué esa sed de justicia?

Parece obvio que tengamos el sentimiento de Justicia, parece natural que todo un pueblo —horrorizado por un cobarde crimen— contra ponga una norma moral y exija en su corazón que esa norma se cumpla.

¿De dónde arranca esa demanda? ¿Por qué pedimos Justicia? ¿Cómo sabemos que hay algo que se llama justicia y conocemos en qué consiste cuando todo lo que vemos a nuestro alrededor es injusticia y todo nos educa y todo nos enseña a ser injustos? No me refiero solamente al especial estado (lamentable) de la justicia nicaragüense. Me refiero en general a la justicia en el mundo, donde rara vez —por no decir nunca— encontramos que la justicia se cumple a cabalidad. ¿Por qué el hombre tiene esa balanza dentro de sí y tiene en su conciencia esa regla, esa norma de rectitud cuando nada de lo que ve se la enseña? Es una cosa natural —responderá alguno. Pero, ¿es que la Naturaleza nos ofrece normas de justicia en su ciega conducta? Sus terremotos y catástrofes, sus elementos, la conducta de sus animales ¿ofrecen algún diseño de lo que el hombre concibe como "justicia"? Contesten los que creen que el hombre es sólo naturaleza y materia ¿dónde aparece la justicia en la Naturaleza y en la materia?

Si creemos que el mundo tiene un Creador y un Dueño, si creemos que el hombre fue creado por ese Ser-Creador y que ese mismo Ser dio el mundo al hombre, no en propiedad, sino en arriendo; si creemos que el hombre recibió el mundo como delegatario de Dios, comenzaremos a comprender por qué el hombre posee —no de la Naturaleza, ni del mundo— sino de Dios, ese principio de justicia que recibe (que no puede horrar de su conciencia) para poder administrar, como delegado de Dios, el mundo.

Entonces comprendo que aunque la Naturaleza mate, y el animal mate: yo no puedo matar. Porque yo no soy naturaleza ni animal sino representante de Dios. Entonces comprendo por qué reacciono contra la opresión y contra el crimen: porque el hombre no es dueño del hombre ni dueño del mundo, sino delegado de la justicia de Dios, Padre que da —que su voluntad es dar— a cada cual lo suyo. La voz de mi conciencia no es siquiera un reclamo mío, sino un reclamo de Dios. El reclamo de la voz poderosa y terrible que nos narra la Biblia: "Caín, Caín ¿qué has hecho de tu hermano?".

Entonces comprendemos que ese brillo del rostro de la multitud cuando se recuperaba la verdad —cuando se hacía luz en el tenebroso engaño del crimen (el crimen siempre se hace con la mentira)—, ese brillo del rostro de la multitud era una revelación no por indirecta menos clara, de la sustancia divina del hombre.

- II -

Martes 14 de Abril de 1970.—Ahora he vuelto a ver el rostro de esa misma multitud de hace dos años. Pero no el brillo. No el aplauso. No la expectación entre jubilosa y dramática. Sino el silencio bosco del desengaño. He visto una multitud envuelta en un silencio oscuro y doloroso detrás de un féretro, o que se apiñaba en las aceras viendo pasar su propia muerte.

Porque no era el cadáver de un honesto y pundonoroso Capitán el que ahí pasaba. ¡Era el cadáver de la VERDAD! Hicieron bien en tomarle una radiografía a ese cadáver para que no nos quede duda: En la radiografía de toda acción noble, de todo gesto de entereza, de toda

defensa de la Verdad HAY UNA BALA.

Todos los días sube el nivel de sangre.

Todos los días.

Pero se le otorga a los tigres la libertad que se le niega a los hombres. El tigre, aunque devore hombres, es reo de confianza. Al hombre, aunque sólo reclame sus derechos, se le acribilla. En la radiografía del tigre aparecen condecoraciones;

"En tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque han visto engalonadas a las panteras"

En la radiografía de los derechos del hombre aparecen balas.

He visto el rostro de la multitud. No la chispa divina. No. He visto el rostro de mi pueblo ensombrecido por la desesperanza. Deshumanizado. Desmoralizado. Triste.

Pueblo mío: te vi en tu oficio: enterrando muertos. Eso es lo único que te queda: cargar muertos, llorar muertos. ¿Esperabas justicia? —Ahí tienes el cadáver de la Justicia! —¿Esperabas que resplandeciera la Verdad? —¡Allí tienes el cadáver de la Verdad! Féretros. Féretros. Cuenta los féretros. Esos son tus únicos votos en este triste sufragio de tu historia...

PABLO ANTONIO CUADRA